

IX.

LA CASA DE FAKREDDIN-BEN-LOKMAN.

La noche fué intranquila; los sarracenos, vencedores de Mansourah, habían sido vencidos en las orillas del canal, todo su campo había caído en poder de los cruzados, y el rey y los jefes del ejército habían levantado sus tiendas en derredor de las máquinas de guerra que habían cogido. Joinville, que había establecido la suya á la derecha de los ingenios, en una tienda que pertenecía al gran maestre de los templarios y que sus gentes le habían enviado de la otra orilla, á media noche, á pesar del deseo y la necesidad que tenia de dormir fué despertado por los gritos de *¡al arma ¡al arma!* Mandó al punto á su chambelan se levantara y fuese á ver lo que pasaba. Este volvió á los cortos momentos despavorido y gritando:

— Señor, á ellos; á ellos, señor. Ahí están los sarracenos que á pié y á caballo pasan á cuchillo las gentes que están de centinela en derredor de las máquinas.

Al oír estas palabras, levantóse Joinville apresuradamente, pónese la coraza y el casco de hierro; y sale de su tienda llamando á sus hombres de armas. Algunos caballeros, atraídos como él por los gritos de los que están de

guardia, salen á la puerta de sus tiendas; heridos y medio armados como se encontraban, caen sobre los sarracenos, que fueron rechazados. En este momento envía el rey á Gauthier de Chatillon con un cuerpo de tropas de refresco que había sacado del campamento; colocáronse entre los pabellones y los Turcos, y gracias á esta precaucion pudieron los caballeros dormir al menos hasta la aurora.

Era aquel día el primer miércoles de Cuaresma y comenzó todo el ejército sus penitencias; solo que en lugar de ceniza, el legado derramó sobre la cabeza del rey la arena del desierto.

Estaban los sarracenos acampados en el llano á un tiro de piedra escaso de los cristianos. Aunque había cesado el combate, los dardos continuaban cruzándose de una á otra parte, y continuaba el matar y el herir al acaso entre los dos ejércitos; seis jefes sarracenos dejaron sus caballos y fueron á levantar una especie de muralla con grandes piedras para ponerse al abrigo de los dardos y flechas. Joinville y sus caballeros, viendo aquellos aprestos de defensa, decidieron ir á la siguiente noche á derribar la muralla. Por corto que fuese el plazo, sin duda pareció todavía demasiado largo á un sacerdote llamado Ghean de Waysi, el cual, así que concluyó de confesar á los caballeros y ponerles la ceniza en la frente, operacion que ejecutaba armado con coraza, colocó un casco en su cabeza y empuñó una espada, gobernándose de modo que los sarracenos no vieses que estaba armado, y marchó directamente á la muralla; los seis Turcos no fijaron su atencion en aquel hombre que iba solo, y continuaron su obra; mas apenas estuvo á tiro, sacó su espada, y, cayendo sobre los trabajadores, empezó á repartirles mandobles antes de que hubiesen tenido tiempo de tomar la defensiva. Cayeron dos, uno herido, el otro muerto, y los demás emprendieron la fuga. Persiguióles el sacerdote algunos momentos; pero viendo que un peloton de sarracenos iba al socorro de los que perseguía, se volvió á donde estaba el ejército cristiano perseguido á su vez por unos cuarenta hombres que picaban espuela á sus caballos con gran

furia. Entonces un número igual de caballeros y gentes de armas montó á caballo de la parte de los cristianos para apoyar al sacerdote. No tuvieron necesidad de hacer otra demostracion; viéndoles los sarracenos en pié, se retiraron; sin embargo, los caballeros cargaron sobre ellos; no pudiendo alcanzarlos, uno de los cruzados les lanzó con toda su fuerza la daga; el arma arrojada al acaso fué á hundirse en el pecho de un sarraceno, quien continuó huyendo con ella; poco tardó en caer de su caballo muerto ó herido mortalmente, porque ya no se le vió volverse á levantar. A no ser aquella escaramuza, el día se pasó con bastante tranquilidad; los sarracenos estaban ocupados en recibir en Mansourah al jóven sultan Touran-Chah, que habia llegado á aquella poblacion el mismo día de la batalla; habia pasado por el Cairo donde la sultana Cheger-Eddur le entregó el poder, y al punto, seguido de una tropa escogida, se puso en marcha para el teatro de la batalla. Las dos palomas que llevaban á la capital, la una la noticia del ataque de los Franceses, la otra el parte de su derrota, pasaron por encima de su cabeza sin que supiese nada de los avisos de que aquellas aves eran portadoras; de modo que por la noche llegó en el momento en que los sarracenos proclamaban capitán, en reemplazo de Fakreddin, á Bibars, por sobrenombre Boudokdar, porque era general de los ballesteros. El nuevo sultan confirmó su sombramiento; y convencido como los demás de que era el rey de Francia quien habia caído á los golpes de sus soldados, hizo exponer al público su cota de armas, á fin de que redoblasen su valor. No se habia engañado; á su vista todos empezaron á pronunciar el grito de guerra y pidieron el combate; pero Bibars, queriendo dejarles un día de descanso, fijó el viernes para dar la batalla. En aquella misma noche fueron espías á prevenir al rey lo que habia pasado, y le anunciaron que seria atacado al día siguiente. Reunió al punto Luis sus caballeros, y desde la colina sobre que estaba elevada su tienda, dominando á la multitud, extendió la mano para imponer silencio, y les dió

— Mis leales, vosotros que habeis participado con constancia de mis trabajos y peligros, sabed que mañana debemos ser atacados por todas las fuerzas reunidas de los enemigos del Señor. Ahora bien, ¿qué debemos hacer? Si nos pronunciamos en retirada, nuestros enemigos se regocijarán por haber triunfado de nosotros y formarán su gloria con nuestra huida; y mas ágiles que nosotros, animados además al ver nuestra debilidad, nos perseguirán sin descanso, hasta que, con vergüenza de la cristiandad, nos hayan exterminado á todos; entonces se perderá la gloria universal y la Francia quedará cubierta de oprobio. Invoquemos, pues, al Señor, á quien al parecer hemos ofendido gravemente con nuestros pecados; ataquemos con confianza á nuestros enemigos sedientos de la sangre de nuestros hermanos y ejecutemos en ellos una solemne venganza, á fin de que no se pueda decir hemos soportado con paciencia las injurias hechas á Jesucristo.

Terminada esta operacion del rey, dice Mathieu Paris, todos se vieron animados y armados como un solo hombre. *Armati sunt et animati quasi vir unus, universi*; viendo entonces el rey aquel entusiasmo, concibió de él buen augurio, hizo aproximar á todos los capitanes del ejército, les mandó hacer armar y provisionar á todas sus gentes de armas y que durmiesen todos fuera de las tiendas y de los pabellones y á las inmediaciones de la entrada del campamento, á fin de no poder ser sorprendidos. Gracias á estas órdenes, la noche se pasó tranquila y los cruzados pudieron entregarse á algun reposo.

Al rayar el día, el rey organizó sus escuadrones.

Nuestros lectores conocen ya la posicion de los cristianos: estaban apoyados en el canal del Achmoun, que sale del Nilo y desemboca en el lago de Meuzaleh; tenian á su derecha á Mansourah, con sus sangrientos recuerdos; á su izquierda y á la extremidad occidental de la llanura de Daquelich, las ruinas de Mendes, y delante de ellos la vasta llanura que se extiende hasta el Cairo.

Luis colocó su ejército en toda esta linea; la primera di-

vision, mandada por el conde de Anjou, se encontraba la mas próxima á Mansourah; componíase de caballeros que habian perdido sus caballos en las batallas anteriores, de modo que el hermano del rey estaba á pié como los demás.

La segunda tenia por capitanes al caballero Guy d'Íbelin y Beaudoin, su hermano; mandábanla los cruzados de Chipre y Palestina, y no habiéndose encontrado en la primera batalla por no haber podido pasar á tiempo el canal, estaban de refresco y descansados, y todos tenian sus caballos y sus armas.

La tercera estaba bajo las órdenes de Gauthier de Chatillon; tenia en su compañía los mejores prohombres y los mas bravos caballeros de todo el ejército. Y el rey Luis habia colocado sus dos mas excelentes compañías una al lado de la otra, para que pudiesen defenderse, y socorrer á la que estaba detrás de ellas.

La cuarta era la mas escasa de todas; componíase del resto de la milicia de los templarios. Estaba mandada por el gran maestre Guillermo Sounac, todo mutilado desde el último combate. Conociendo lo débil que era su posición, se habia rodeado esta division de una muralla que habia levantado con los restos de las máquinas de guerra sarracenas.

La quinta era la de messire Guy de Malvoisin, poco numerosa, pero compuesta toda de valientes caballeros, hermanos y amigos, que no formaban mas que una familia, que combatian siempre juntos, y se repartian todo, gloria, peligro y botín. Mucho habia menguado desde el principio de la campaña, y la jornada que se preparaba debia reducirla mas todavía.

La sexta division comenzaba en el ala izquierda, mandada por el conde de Poitiers, como el conde de Anjou el ala derecha. Componíase en su totalidad de gentes de á pié, en medio de las que estaba solo á caballo monseñor el hermano del rey; tenia á su izquierda uno de sus caballeros, que habia llevado á Egipto consigo, y que se llamaba Jocerand de Brançon: mandaba con su hijo otro pequeño destacamento

de gente de á pié, y aquí como en la otra, solo los dos jefes estaban á caballo.

La séptima division era la de Guillermo, conde de Flandes, que no habia asistido al otro combate, y que se componia de gente brava y llena de ardor. De esta suerte se habia puesto en cierto modo al abrigo y bajo una ala de acero, el reducido cuerpo del senescal de Champagne, que formaba el semicírculo, y se apoyaba en el canal á corta distancia del sitio mismo por donde el ejército le habia vadeado. En efecto, Joinville y sus caballeros estaban en tan mal estado desde la última lucha, que apenas dos ó tres habian podido vestirse la coraza; los demás, y entre ellos estaba el buen senescal, no tenian por toda arma defensiva mas que su casco, y por arma ofensiva su espada.

En el centro de las ocho divisiones, y dispuesto á acudir á todas partes donde hubiera necesidad, estaba Luis con sus mas esforzados y leales caballeros, ocho de los que se habian reunido para formarle una guardia que se llamaba de los prohombres del rey. En fin, á lo largo del canal, protegidas por aquella muralla de hierro, vivaqueaban las gentes del ejército, carniceros, lacayos, vivanderos, mujeres y pajes, que habian pasado el puente inmediatamente despues del combate de Mansourah, y se habian establecido en las inmediaciones de las tiendas de los caballeros, construyéndose chozas con los restos de los ingenios y máquinas de guerra que los cruzados habian conquistado á los infieles.

Mientras Luis tomaba sus disposiciones, el general sarraceno no se descuidaba en tomar las suyas. Cuando salia el sol, viéronle los cruzados aparecer á la cabeza de cuatro mil hombres bien montados y armados, á los que colocó en una línea semejante á la de los cristianos, dividiéndolos en tantos cuerpos como Luis habia dividido los suyos; despues fué á recoger tal multitud de infantes para que apoyaran su caballería, que rodeaba todo el campo de los Franceses como hubiera podido hacerlo una muralla. Además de aquellos dos ejércitos, no tardó en llegar el tercero; era

este el que habia llevado consigo el sultan Touran-Chah. Esta última division fué colocada en un sitio apartado, á fin de que pudiese maniobrar segun las circunstancias. Ordenado todo de este modo, el general sarraceno recorrió por última vez el frente de sus tropas, montado en un caballo pequeño de carrera, avanzando á cien pasos del ejército francés, examinando sus divisiones y aumentando ó disminuyendo las suyas, segun que habia reconocido las de los cristianos por fuertes ó débiles; en seguida hizo aproximar tres mil beduinos lo mas cerca que pudo al puente que unia el ejército al campo del duque de Borgoña, para que llegado el caso se opusiesen á que los cruzados recibiesen ningun socorro durante la batalla.

Duraron estos preparativos hasta el medio dia próximamente; estando todo dispuesto, levantóse gran estrépito de tambores y cornetas en el ejército sarraceno, que se puso en marcha, infantes y caballos, y se dirigió á atacar al ejército cristiano.

El primer punto en donde se empeñó el combate, fué en el que mandaba el conde de Anjou, no porque en una parte y otra se hubiese obrado con táctica, sino porque era la que se encontraba mas próxima á los Turcos; avanzaron estos colocados á modo de las piezas del juego de ajedrez; los peones ó gentes de á pié iban los primeros, armados de tubos por los que lanzaban el fuego griego, y detrás de estos los caballeros, que aprovechaban el desorden introducido en las filas para penetrar en ellas, y herir á diestro y siniestro. Adoptada esta maniobra respecto á las gentes de á pié, introdujose bien pronto el desorden en la division del conde de Anjou, á pié este mismo en medio de sus soldados. Felizmente, el rey, desde el punto elevado en que se habia situado, dominaba toda la llanura, y vió el apuro en que se encontraba su hermano. Picó espuelas al punto á su caballo, y seguido de su guardia, fué á arrojarle espada en mano sobre el grueso de los infieles. Apenas allí, un sarraceno, encontrándole á tiro, le dirigió el fuego griego con tal presteza y osadía, que todo su caballo quedó cubierto

por él; pero con la ayuda de Dios, por quien Luis combatía, lo que hubiera debido salvar á los sarracenos los perdió; el noble bruto, cuya crin y cola ardian, loco por el dolor, no obedeciendo ya ni al freno ni á la voz, se llevó á su señor al centro de las filas infieles, donde penetró como el ángel exterminador; tras él iban sus bravos, que habian jurado seguir á su rey á todas partes, y que le seguian aplastando y derribando todo lo que encontraban por delante, de tal modo, que la division infiel, herida en el corazón con aquella profunda herida, retrocedió, abandonando al conde de Anjou y su compañía. El rey montó en otro caballo y volvió á ocupar el sitio elevado, desde donde, como el águila, podía abrazar todo y caer en todas partes.

Mientras se daba aquella maravillosa carga ejecutada por el rey, se habia empeñado el combate en toda la línea con un ardor igual, pero con éxitos varios. Guy d'Ubelin y Beaudoin, su hermano, habian recibido vigorosamente á los sarracenos; porque, como se sabe, ni hombres ni caballos de su compañía habian peleado todavía. Hay mas, habiéndose reunido á ellos Gauthier de Chatillon con una tropa escogida, obligaron al punto á los sarracenos á huir, é ir á rehacer su gente, abandonando á los infantes, que fueron muertos casi todos.

Mas no sucedía lo mismo con el cuarto cuerpo, mandado por el hermano Guillermo de Sounac, maestro del Temple, á quien no quedaban sino muy pocos de sus soldados, reunidos á las reliquias de los hospitalarios. En vano se habian hecho, como hemos dicho, una muralla con empalizadas sacadas de las máquinas de guerra. Los sarracenos arrojaron el fuego griego sobre aquel monton de tablas que al punto se incendió, y dejó al descubierto á través de las llamas los pocos hombres á que servian de resguardo; entonces, sin esperar á que aquella débil defensa fuese completamente destruida, se lanzaron en medio del incendio, por entre el que atravesaron cual demonios, y chocaron contra los restos de aquella terrible milicia. Mas á pesar de su poca fuerza, no eran gente los templarios que

sucumbia fácilmente, y á los pocos instantes, rechazados los infieles, despues de haber perdido los mas valientes de los suyos, volvieron á pasar á través de las llamas, pero ahora para salvarse con la fuga. Pero como no eran perseguidos, se detuvieron á alguna distancia; avanzaron entonces sus ballestros, é hicieron llover sobre los templarios tal cantidad de dardos, que hasta á cincuenta pasos detrás de ellos, estaba la tierra cubierta como si tuviera miés. Esta mortífera lluvia habia causado mas estragos que un combate cuerpo á cuerpo; casi todos los caballos que quedaban habian sido heridos; solo el gran maestro y cuatro ó cinco caballeros habian conservado sus corceles de batalla; mas tambien estaban erizados de dardos y flechas. Juzgaron entonces los sarracenos que era llegado el momento de destruir á aquellos hombres invencibles, y cayeron todos juntos sobre ellos y con un solo ímpetu. En el momento del choque, el gran maestro, que habia ya perdido un ojo en el combate del miércoles, recibió una estocada que le saltó el otro; pero ciego y ensangrentado, picó espuela á su caballo que le metió entre los sarracenos, donde hirió al acaso, hasta que acribillado de heridas, cayeron caballo y caballero para no volverse á levantar mas; y todos como él hubiesen perecido en aquella carga, si Luis, viendo su aprieto, no hubiese ido á su socorro, como habia ido en auxilio del duque de Anjou. Los sarracenos no esperaron al rey, y por segunda vez atravesaron en desórden aquella linea de llamas, que ya no arrojaba mas que humo.

Mientras el rey Luis iba en socorro de los soldados del Temple y de San Juan, su hermano, el conde de Poitiers, que mandaba el ala izquierda del ejército, se encontraba en gran peligro. Estaba, como ya dijimos, solo á caballo en medio de una division de gente desmontada; de modo que lo que habia sucedido al conde de Anjou le sucedió á él. Llegaron los infieles, infantes contra infantes, arrojando por delante el fuego griego; de modo que los jinetes no tuvieron mas que penetrar y herir en medio de todos aquellos peones llenos de espanto. El conde de Anjou se

arrojó á ellos; pero despues de derribar á dos ó tres sarracenos, se vió envuelto y cogido; y ya le llevaban prisionero, y era arrastrado fuera del campo, cuando toda la chusma del ejército, pajes, lacayos, carniceros y vivanderos, que le querian por su carácter bondadoso, se movieron y armaron. Todo les venia bien, hachas, venablos, cuchillas y cuchillos; toda aquella gente con la que nadie contaba, cayó sobre los sarracenos, desjarretó los caballos, degolló á los jinetes que caian, trabó cuerpo á cuerpo la lucha con los infantes, y se batió con tal gritería y coraje, que los infieles, aturdidos con su clamoreo y su encarnizamiento, emprendieron la fuga, soltando al conde de Poitiers, que abandonado por sus soldados, fué socorrido por villanos.

Los sarracenos fueron recibidos todavía mas rudamente por las tres últimas divisiones. Una de ellas estaba, como hemos dicho, á las órdenes del caballero Jocerand de Brançon, que era su señor y jefe: era este un digno caballero, tio de Joinville, y habia tomado parte en treinta y seis batallas y acciones de guerra, en que casi siempre habia conseguido la victoria. Un dia de Viernes Santo en Cuaresma, hallándose con el ejército del conde de Mâcon, su primo, se acercó á Joinville y uno de sus hermanos y les dijo: « Sobrinos, venid á ayudarme con todo vuestro poder á caer sobre los Alemanes que destruyen y saquean la parroquia de Mâcon. » Joinville y su hermano acudieron presurosos á su llamamiento, y á las órdenes de su tio Jocerand de Brançon entraron armados de punta en blanco hasta la misma iglesia, lo cual sin duda les perdonó Dios, puesto que hacian aquello en defensa de la buena causa, y con mandobles y estocadas furibundas, lanzaron á los Alemanes del sagrado recinto. Hecho esto, Jocerand desmontó, y se arrodilló conforme estaba completamente armado, ante el altar, exclamando: « Buen Señor Jesucristo, monseñor, os suplico, si me creéis digno de alguna recompensa, me concedais la de morir en servicio vuestro! » Brançon se habia cruzado uno de los primeros, y habia acuchillado

como uno de los mas robustos en las batallas del martes y del miércoles, de tal modo, que solo él y sus hijos, entre los de su gente, habian conservado sus caballos. Cuando veia á sus hombres puestos en aprieto por los sarracenos, fingia huir por entre los espacios que dejaban las alas de la division, y en seguida cargaba por retaguardia con sus hijos á los infieles, á todo el escape de sus corceles; los sarracenos se veian obligados á volverse, y en tanto, sus gentes recobraban ánimo y se rehacian. Al fin, Dios le concedió la gracia que le habia pedido, y en una de aquellas temerarias cargas, fué derribado y muerto, no queriendo rendirse. Sucedióle entonces su hijo en el mando de su reducido escuadron, con el que se batió en retirada hasta la orilla del canal. En cuanto llegó, Enrique de Conc, que se hallaba al otro lado y en el campo del duque de Borgoña, aproximó buen golpe de ballesteros y arqueros, los cuales, siempre que los Turcos cargaban, hicieron llover de una á otra ribera tal granizada de dardos y flechas, que de unos veinte caballeros de que se componia la gente de Jocerand, solo doce perecieron, salvándose los demás.

A seguida de la division de Jocerand, se recordará iban las de monseñor Guillermo de Flandres y de Joinville, la mas fuerte y la mas débil del ejército; estaban próximas la una á la otra y protegidas mutuamente. El conde y sus Flamencos estaban llenos de ardor, habiendo pasado el rio la vispera, y todos bien montados y armados; esperaron á pié firme á los infieles, quienes por su parte cayeron sobre ellos con valor; mas apenas vinieron á las manos, Joinville y sus caballeros que estando heridos, y magullados no habian podido vestirse sus armaduras, cogieron arcos y flechas y comenzaron á secundar á competencia á los arqueros y ballesteros, que habian colocado de modo que ofendiesen á los Turcos por el flanco. Pusiéronse estos al punto en désorden; el conde Guillermo se aprovechó de aquella turbacion para caer sobre ellos. No pudieron los Turcos sostener el choque de aquella asombrosa caballería, cabalgando en sus pesados trotones flamencos, semejantes en aquel momento á los

corceles heróicos de la fábula. Emprendieron aquellos la fuga; los cruzados los persiguieron mas allá de los límites del campo. Solo escaparon los jinetes árabes, gracias á la ligereza de sus caballos; mas todos los infantes que se hallaban en la division infiel, todos sin exceptuar uno, fueron muertos y destrozados; de modo que todos los hombres de armas del conde, entre los que ocupaba el primer lugar Gauthier de la Horgué, volvieron cargados de broqueles y escudos.

De este modo se empeñó la batalla en toda la línea. Duró desde el medio dia hasta las siete de la tarde. A esta hora, los sarracenos, rechazados en todos lados, gracias á la vigilancia de Luis, que siempre á la cabeza de su escuadron real, iba en socorro de los que flaqueaban, comenzaron á retirarse. Persiguiéronlos los cristianos hasta los términos de la liza; pero ahora, instruidos ya por la experiencia ó aniquilados por el cansancio, se detuvieron en los extremos de su campo. En un espacio de una legua de largo y quinientos pasos de ancho, la tierra estaba cubierta de cadáveres, entre los que se contaban tres infieles por cada cristiano.

Entonces Luis, viendo terminado el combate con la mas grande gloria para sus armas, reunió á sus barones ante su tienda real, y allí, del mismo modo que les habia hablado antes del combate para infundirles ánimo, les dijo despues de la victoria para felicitarlos: «Señores y amigos: al presente podeis ver y conocer las grandes mercedes que Dios nos ha hecho y nos concede aun, puesto que el mártir último, que era dia de Cuaresma, hemos, con su ayuda, lanzado y desalojado á nuestros enemigos de sus atrincheramientos, en los que estamos alojados en este momento, y hoy nos hemos defendido á pié y mal armados, contra ellos, bien armados, tanto á pié como á caballo, y en dos sitios.» En seguida á la Francia, á la que debia la verdad, envió este parte, sencillo y grande como su alma: «El primer viernes de Cuaresma, habiendo sido atacado el campo por todas las fuerzas de los sarracenos, Dios se declaró por los Franceses, y los infieles fueron rechazados con gran pérdida.»

Sin embargo, á pesar de aquella doble victoria y de las acciones de gracias que daba al cielo, comenzaba á conocer Luis el éxito desgraciado de la campaña : el ejército habia perdido casi todos sus caballos, una tercera parte de los caballeros estaban heridos y el resto abrumados de fatiga ; por otra parte, el número de los enemigos aumentaba todos los dias. Era preciso no pensar en ir al Cairo, y algunos opinaban ya que seria imposible permanecer donde estaban. Se habló de volver á Damietta ; pero volver á Damietta, era huir. ¿Y caballeros franceses, soldados de Cristo, podian huir ante un enemigo vencido? Fué, pues, rechazado este consejo. Púsose el campo en estado de defensa, á fin de precaverse contra toda sorpresa de parte de los sarracenos, y se esperó un nuevo ataque.

Fué en vano : los sarracenos permanecieron quietos y resguardados. Tambien ellos esperaban, y no se equivocaron al esperar.

Ocho ó diez dias despues de la batalla, los cadáveres que habian sido arrojados en el Achmoun entraron en putrefaccion y salieron á la superficie del agua. La corriente los arrastró en seguida hácia el mar ; pero á poco trecho encontraron el puente que los cristianos habian echado en el canal, y como el agua llegaba á la parte alta, no pudieron pasar por entre los huecos, y se amontonaron allí en tan gran cantidad que no se veia la superficie del agua á mas de un tiro de flecha por la parte superior del puente. Ocupó entonces el rey á cien trabajadores en separar á los cristianos de los infieles. Estos hombres conducian á los primeros á grandes fosas excavadas para darles sepultura, y con varas largas sumergian los cuerpos de los sarracenos en el agua, hasta que seguian la corriente que los arrastraba por entre los huecos, y el mar. Veianse allí padres buscando á sus hijos, hermanos que buscaban á sus hermanos, amigos que buscaban á sus amigos. Todo el tiempo que duró aquella fúnebre operacion, Degoille, el chambelan del conde de Artois, no abandonó un momento la ribera, esperando siempre reconocer al príncipe. Pero inútil fué la adhesion

de aquel bravo servidor, y el cuerpo del mártir de Mansourah no fué encontrado.

Como hemos dicho, hacia quince dias habia entrado la Cuaresma, y los cruzados, aunque en campaña y en guerra, seguian á la letra los preceptos de la Iglesia, ayunando y comiendo de viernes los dias designados, como si hubiesen estado en sus ciudades ó en sus castillos. Resultó de aquí que como la penuria era extrema, no tenian otros víveres que una clase de pescados que se cogian en el mismo canal del Achmoun, los cuales siendo voraces y carniceros se habian mantenido de cadáveres, sobre los que se les veia, desde que flotaban por el agua, caer en bandadas. Sea por la repugnancia, ó que efectivamente aquel asqueroso alimento hubiese comunicado á su carne cualidades nocivas, no tardó en declararse el escorbuto en todo el ejército. Los que habian comido de aquel pescado, y este era el mayor número, cayeron enfermos. Inflamábanseles las encías y se les hinchaban hasta cubrir los dientes ; y entonces los Barberos del ejército, que ejercian al mismo tiempo el oficio de médicos, se veian obligados á desprender con sus navajas aquellas excrescencias gangrenadas, operacion quirúrgica de las mas dolorosas que se pueden ver. « De modo, dice Joinville con la sencilla naturalidad de su lenguaje, que no se oian mas que gritos y lamentos, como si todo el ejército no se compusiera mas que de mujeres en el acto del alumbramiento. »

A esta epidemia se unió otra causada por las mefíticas emanaciones de los cadáveres. Esta atacaba á todo el cuerpo, pero especialmente á las piernas, que se secaban hasta el hueso, y cuyo cutis se volvia curtido y negro, semejante, dice Joinville, á una bota vieja de becerro que hubiese estado largo tiempo oculta detrás de los cofres. Presentábase, pues, ya la muerte á los cristianos bajo aquel doble aspecto, cuando esos dos fantasmas llamaron en su ayuda un tercero mas terrible todavia, el hambre.

El ejército sacaba sus provisiones de Damietta ; así la primera medida del sultan habia sido emplear sus soldados,

no ya en atacarlos, sino en reducirlos al hambre. Había mandado bajar hasta Schermesah tres mil caballeros y seis mil infantes, los había distribuido en las dos orillas del Nilo, y había cortado el río con una flota, de modo que ni por tierra ni por agua llegaba nada al campo. No comprendían los cristianos ni aquel silencio ni aquel abandono, cuando una galera del conde de Flandes, que había roto el obstáculo y atravesado por fuerza, fué á anunciarles la nueva del bloqueo. Fué preciso entonces recibir provisiones de los beduinos, especie de hordas de salvajes semejantes á las de los chacales y las hienas, que rondaban sin cesar al rededor de los dos campos, robando en el uno como en el otro, y dispuestos á caer sobre el mas débil al primer grito de apuro que sonase. Resultó por consiguiente tal carestía, que cuando llegaron pascuas, se vendía un buey en ochenta libras, un carnero en treinta, la pipa de vino en diez libras, y un huevo en doce dineros, precio exorbitante si se compara al valor actual el valor del dinero en aquella época.

Cuando vió el rey reducido el ejército á aquel extremo, desaparecieron sus últimas ilusiones; comprendió que no debía perder un momento para volver á Damietta, si es que no pensaba en ello demasiado tarde. Mandó, pues, preparar todo para atravesar el canal; pero juzgando con razon que la retirada no se verificaria sin obstáculos, hizo establecer á la cabeza y á ambos lados del puente fortificaciones cubiertas, que permitiesen aun á las gentes de á caballo atravesarlo á su abrigo. Luis no se había engañado. Apenas vieron los sarracenos aquellos preparativos, acudiendo de todos lados, sin que se supiese de dónde salían, volvieron á formar aquellos cuerpos que habían desaparecido momentáneamente. Pero el rey continuó dando órdenes para la partida, convencido de que cada día de atraso, debilitando el ejército, haria aun mas peligroso y difícil el paso. La cabeza de la columna, compuesta de los enfermos y heridos, se puso, pues, en marcha, mientras que á cada lado del puente y delante de ellos con el objeto de prote-

gerlos, el rey, sus dos hermanos y todos los que aun se mantenían en pié, esperaban espada en mano, á que hubiesen pasado los últimos. Esta actitud impuso á los sarracenos.

En seguida pasaron los heridos, los arneses y las armas, llegó despues su vez á Luis, que le fué preciso seguirlos á su pesar. Este fué el momento que los sarracenos eligieron para atacar, porque habían visto que por todas partes donde iba el rey, allí iba también la victoria. Seguía, pues, el rey una de las barbacas (1), y el conde de Anjou la otra, cuando se oyó gran gritería á la retaguardia del ejército, mandada por Gauthier de Chatillon. Causábanla los sarracenos que cargaban; la batalla se había empeñado de nuevo. Volvió al punto el rostro el conde de Anjou, y salió de los atrincheramientos con un escuadrón todavía terrible, á pesar de componerse de gente enferma y hambrienta. Ya era tiempo; Gauthier de Chatillon iba á sucumbir al número, por haberse lanzado casi solo entre la retaguardia y los sarracenos. Errard de Valery había sido cogido, y su hermano á pié, no queriendo abandonarle, redoblaba sus golpes sobre los que le llevaban, sin otra esperanza que matar y ser muerto. Al grito de guerra que el conde de Anjou lanzó al aparecerse, todos recobraron nuevo brio. Sol'aron los sarracenos á Errard, quien no encontrándose herido, cogió la primera espada que encontró, y se puso á su vez á defender á su hermano, como su hermano le había defendido. Gauthier de Chatillon, á quien todo el ejército infiel no había podido hacer retroceder un paso, volvió á tomar la defensiva desde el momento en que se vió apoyado por el conde de Anjou. La retaguardia pasó el puente, salvándose por la abnegacion y el desnudo de dos hombres.

Al día siguiente se extendió el rumor de que se habían entablado negociaciones de paz entre el rey de Francia y el

(1) No de las empalizadas que el rey había hecho colocar para proteger el paso del ejército.

soldan. En efecto, Geoffroy de Sargines, encargado co plenos poderes de Luis, acababa de pasar el canal para tener una entrevista con el emir Zeineddin, enviado de Tou-ran-Chah. Un rayo de alegría reanimó el corazón de todos aquellos hombres que se miraban como perdidos, y esperaron con ansiedad la vuelta del mensajero. Como á las cinco de la tarde, messire Geoffroy de Sargines volvió al campo, y podía adivinarse en su rostro triste, si no abatido, que era portador de fatales nuevas.

En efecto, las negociaciones, convenidas en todos los puntos, se habian roto por uno solo. Luis debía volver al soldan la ciudad de Damietta, y el soldan á los cristianos la ciudad de Jerusalem.

Este primer artículo habia sido adoptado.

Luis debía conducir tranquilamente todos sus enfermos á Damietta y tomar en los almacenes de la ciudad todas las carnes saladas de que los musulmanes no comian, y de que el rey tenia necesidad para alimentar á su ejército en el mar.

Este segundo artículo habia sido adoptado.

Luis ofreció entregar para seguridad del convenio, y hasta su completo cumplimiento, uno de sus hermanos en prenda, fuese el conde de Poitiers ó el de Anjou. Y aquí fué donde se rompieron las negociaciones. El emir Zeineddin habia recibido del soldan la órden de no aceptar otro rehen que el mismo rey. Al oír esta pretension, se negó sorprendido Sargines; insistieron los enviados del soldan, y Geoffroy se retiró declarando que el ejército cristiano se haria matar, desde su primer baron hasta su último lacayo, antes que dar á su rey en prenda. Esta era la noticia que llevaba. Fijóse la retirada para el martes en la tarde, despues de la octava de Pascua.

Tomada esta resolucion, el rey, que se hallaba tambien atacado de la epidemia, mandó llamar á Josselin de Corvant, el inventor de la gran máquina de guerra, y nombrándole jefe de maestros de obras é ingenieros, le mandó que en el momento en que viera al ejército ponerse en marcha, rom-

piese la calzada que comunicaba con la otra ribera del Achmoun, á fin de que los sarracenos no pudiesen perseguirle, sin ir á buscar el vado dos leguas de allí, lo cual siempre daria á los cristianos algunas horas de delantera sobre los infieles. En seguida, tomada esta precaucion, mandó Luis se le presentaran los marineros, y les mandó ordenasen sus buques, á fin de que estuviesen dispuestos en el momento designado para recoger los enfermos y conducirlos á Damietta.

De esas dos órdenes, solo una fué ejecutada. Cuando llegó la noche, sombría y propicia, todos se prepararon á partir. Se habian encendido, como de costumbre, fogatas en la ribera, tanto para dar calor á los enfermos, como por no infundir sospechas. Joinville acababa de entrar en su navío con dos caballeros y algunos criados, únicos restos de toda su casa de guerra, cuando desde el medio del rio á donde habia llegado, vió á la luz de las llamas á los sarracenos penetrar en el campo. Sea traicion, sea imposibilidad, Josselin de Corvant y sus trabajadores no habian roto el puente como habian recibido órden de hacer, de modo que habia caido en poder de los sarracenos, que pasaban á millares sobre la ribera, y extendiéndose como un inmenso semicírculo, rodeaban todo el ejército.

Entonces todos los temores fueron por el rey; todos los esfuerzos se dirigieron á hacerle embarcar sin perder momento. Pero aunque enfermo y debilitado, aunque vestido con un jubon de seda en vez de armadura, á pesar de montar un caballo de poca resistencia en lugar de su corcel de batalla, detúvose el rey al primer grito de alarma, declarando que no entraria en la lancha sino cuando hubiera visto embarcarse hasta el último de sus enfermos y de sus soldados. Los marineros, aturdiéndose en aquel momento ó pensando en salvarse ellos mismos, cortaron los cables de las galeras, que apenas habian recogido una tercera parte del ejército, y las dejaron vogar, á pesar de los caballeros que gritaban de todas partes: *¡Esperad al rey! ¡salvad al rey!* Joinville, que estaba en su barca, vió irse hácia él aquella

flota insensata, que no pensaba mas que en huir, y se encontró cogido y casi deshecho entre los grandes bajeles. Sin embargo, algunos pilotos cediendo á las instancias de los caballeros, se aproximaron á la ribera; pero así que aborrecían á ella, Luis hacia entrar en sus naves enfermos y heridos; en seguida, cuando ya estaban llenas, las mandaba continuar su marcha, y él se quedaba allí diciendo que mejor quisiera morir que abandonar á su pueblo. Tan gran ejemplo volvió, no el valor, pues ninguno le perdió en aquella terrible circunstancia, sino las fuerzas á algunos caballeros. Errard de Valery, Geoffroy de Sargines, permanecieron junto al rey, jurando defenderle hasta la muerte. No se hizo esperar la ocasion de cumplir su juramento: los sarracenos habian caido como manadas de lobos sobre enfermos y heridos, degollando sin eleccion y sin descanso. Inmediatamente llegaron los ballesteros con el fuego griego. Surcó el aire una multitud de flechas inflamadas, iluminando el campo de batalla y descubriéndole en todo su desorden y en todo su horror. Caian las flechas en tal cantidad, que se hubiera creído eran las estrellas que se desprendian del cielo en forma de lluvia. Entonces todo se perdió, los marineros huyeron, los heridos y los enfermos hicieron un supremo esfuerzo, y los unos se arrojaron al agua para perseguir los barcos, y los otros se pusieron de rodillas para esperar la muerte. El degüello era general. En una extension de dos leguas, no era la llanura mas que un lecho de agonía; y sin embargo, el rey no queria abandonar aquella terrible pelea, llorando y levantando las manos al cielo para invocar al Señor. Solo una galera quedaba y esta era la del legado del papa: instaban á Luis que subiese á ella. Pero declaró que seguiria por la orilla para proteger mientras pudiera los restos de su ejército, y mandó á los marineros se reuniesen á la flota. Obedecieron. Luis mandó á su escuadron marchase hácia Damietta al mando de Errard de Valery, y acompañado de su fiel Sargines, fué á ocupar su puesto en la retaguardia.

El pequeño destacamento caminó toda la noche. Al rayar

el dia se levantó un viento muy fuerte que volvió á arrojar toda la flota hácia Mansourah. Al mismo tiempo que aquel huracan aumentaba los peligros de los que se habian embarcado, daba alguna tregua á los que seguian la ribera elevando entre ellos una nube de polvo tan espesa, que los ocultaba á su vista. En aquel momento, si se ha de creer al historiador árabe Salib, estaban los cristianos tan abandonados de su Dios, que el cadí Gazal-Uddin, viendo que la victoria iba á escaparse á los sarracenos, dirigió la palabra al viento, exclamando con toda su fuerza:

— En nombre de Mahoma te mando dirigir el soplo contra los Franceses.

Y el viento obedeció.

Aquel cambio en la direccion del viento, que fué el resultado de una casualidad ó de un milagro, habia alborotado las ondas del Nilo; muchos buques, excesivamente cargados, se sumergieron y otros fueron arrojados á la orilla. De este número era la galera de Joinville. Desde el sitio en que habia encallado se veia al otro lado del rio una gran parte de los bajeles que habian caido ya en poder de los infieles, los cuales degollaban las tripulaciones, arrojaban los cadáveres al agua y desembarcaban los equipajes y arneses que habian ganado. Al mismo tiempo vió ir hácia él una multitud de Turcos que viéndole encallado acudian á apoderarse de su navío; mas la suerte que les aguardaba volvió algun ánimo á sus gentes, de modo que despues de inauditos esfuerzos volvieron á encontrarse á flote. Llegaron los sarracenos á la orilla cuando ellos acababan de separarse de allí, de suerte que no podian alcanzarles; les inundaron de dardos y flechas en tal cantidad, que Joinville, herido como estaba, se puso su cota de malla para librarse del efecto de aquella lluvia de proyectiles que caia en su buque. En cuanto llegaron al centro del rio, el piloto continuó su camino hácia la otra orilla sin que Joinville notase su intencion; pero uno de los suyos exclamó entonces:

— ¡ Señor, señor! nuestro marinero porque le amenazan

los sarracenos quiere llevarnos á tierra, donde seremos todos muertos y destrozados.

Al punto Joinville le mandó seguir la corriente; mas él no hizo caso de esta órden; tanto, que el buen senescal se levantó y empuñando su espada le declaró que si daba un paso hácia tierra le mataría sin misericordia. Esta amenaza produjo su efecto; el piloto se mantuvo á igual distancia de ambas orillas; mas no tardaron los bajeles en llegar al sitio en que el Nilo estaba obstruido por la flota del sultan. Preguntó entonces el piloto á Joinville qué quería mejor, si continuar su camino y ganar la ribera, ó anclar en medio del río. Decidióse Joinville por este último partido; mas apenas le habian puesto en ejecucion vieron aparecer cuatro galeas del sultan, que contendrian como diez mil hombres, y que avanzaban de frente con el objeto de cortar la retirada á la flota francesa y quitarle toda esperanza de salvacion. Al ver aquello Joinville, deliberó con sus caballeros para saber si debería rendirse á los sarracenos de la otra orilla ó á los de los bajeles. Unánimes estuvieron los pareceres en rendirse á estos últimos, con los que al menos tenian la probabilidad de no separarse unos de otros. Entre toda la tripulacion solo hubo un clérigo que quería no se entregasen, sino que se hiciesen matar para ir á gozar de Dios; pero fué el único de aquella opinion.

Cogió Joinville entonces un cofrecito en el que estaban sus mas preciosas joyas y sus mas santas reliquias, y á fin de que no quedasen en manos de los infieles, le arrojó en el río. Uno de sus marineros se aproximó á él y le dijo que eran perdidos si no le permitia decir á los sarracenos que su cautivo era primo del rey. Respondióle Joinville que dijera lo que le agradase. En este momento abordaban las galeas; una de ellas arrojó su ancla colocándose á través ante el bajel cristiano. Creyóse perdido el buen caballero y ya encomendaba su alma á Dios, cuando un sarraceno, sin duda apiadado, se acercó á nado diciéndole: Señor, si no me haceis caso sois muerto. Arrojaos inmediatamente al agua; no os verán, ocupados en saquear vuestro buque, y

entonces os salvaré. Joinville, que no esperaba un socorro semejante, no perdió un minuto en aprovecharse del consejo y se arrojó al Nilo. Sostúvole el sarraceno, porque estaba tan débil que á haber quedado entregado á sí mismo se hubiera ahogado. De este modo abordaron á la ribera. Apenas pusieron en ella los piés, se arrojaron sobre ellos los verdugos; pero el sarraceno cubrió á Joinville con su cuerpo exclamando:

— ¡El primo del rey! ¡el primo del rey! Ya era tiempo. Joinville sintiendo ya en su cuello el frio de la cuchilla, habia caído de rodillas. La esperanza de un rico rescate pudo mas que la sed de sangre. Fué conducido el prisionero á un castillo ocupado por los sarracenos, quienes viéndole tan débil se apiadaron y le despojaron de su loriga y le echaron encima una cubierta de color de grana, que su madre le habia dado; al mismo tiempo le dió otro una blanca correa con la que se ciñó los riñones; en-fin, un tercero le dió una caperuza con que se cubrió la cabeza.

Por su parte el rey habia visto el desastre de su flota, y no pudiendo socorrerla, habia continuado su camino, perseguido siempre y siempre guardado tan lealmente por Sargines y Chatillon, que ningun sarraceno se atrevia á aproximarse; porque con terribles mandobles, los dos caballeros arrojaban á los infieles, como vigilantes servidores, dice Joinville, separan las moscas del cuenco de su señor. Al fin, extenuado de fatiga, no pudiendo sostenerse sobre su caballo, le fué forzoso detenerse en Minich, donde desmontó *en brazos de una mujer que era de Paris*, y se sintió tan malo, que se creyó no duraria el dia.

Se arrojó sobre su lecho, cuando Felipe de Monfort se le acercó apresuradamente, diciéndole que acababa de ver entre los que le perseguian, al emir Zeineddin, con quien se habian tenido las conferencias para la paz en Mansourah. Iba á preguntar al rey si era de su agrado que intentase con él un último esfuerzo, á fin de obtener al menos una suspension de armas. El rey le dió permiso para obrar con completa libertad. Felipe de Monfort tomó una pequeña